
El amor en los tiempos del sida

Ana Luisa Liguori

Pensándolo bien, no nos fue tan mal. Por lo menos —nos tocó vivir la gloriosa época de la revolución sexual de los setenta. Porque en la década anterior, las mujeres que perdían la virginidad antes del sacrosanto matrimonio lo vivían por lo general con mucha culpa y procuraban que quedara en la clandestinidad. Conocí a más de una amiga que para reparar el “daño” sufrido se hizo cirugía del himen.

A principios de los setenta muchas mujeres entramos al movimiento feminista. Ahí fuimos descubriendo juntas que teníamos derecho a nuestros cuerpos, al placer, al orgasmo, a la masturbación y fuimos hablando de cosas que hasta hacía poco no nos atrevíamos a admitir casi ni a nosotras mismas. Descubrimos el gusto de vivir experiencias nuevas y el gusto a veces aún mayor de platicárselas a las compañeras.

Este proceso no estuvo exento de dolor. Nos llegó a preocupar mucho el saber cómo decidir con quién tener o no un acostón. Por supuesto siempre existía el anhelo de encontrar la relación y el hombre perfectos, porque no merecíamos nada menos que la perfección y ni el movimiento feminista pudo hacernos entrar en razón. Si íbamos a una fiesta y conocíamos a alguien que nos gustara razonablemente ¿qué hacer? Coger o no coger, ésa era la pregunta. Y no era tanto que el galán te fuera a presionar con que ¿no que muy liberada? El problema era de una. No había ninguna presión moral para no hacerlo, ¿pero teníamos ganas, lo que se llaman ganas de hacer el amor con esa persona? O pesaba más la curiosidad ¿cómo cogerá? O ¿me gustará yo reflejada en él? A veces cogíamos por razones que no pasaban por las ganas o los sentimientos. Y de alguna manera fuimos perdiendo el contacto con nuestra tripa, por no decir corazón. Pero con todo y todo bien valió la pena. Aquí se me ocurre la pregunta de qué es mejor ¿haber nacido ciego o haber mirado por años y sólo después perder la vista? La metáfora es pertinente en nuestra realidad actual. Porque otra vez un fantasma recorre el mundo y desafortunadamente no es al que se refería Marx. Me temo que este ciclo debería

más bien llamarse "El amor en los tiempos del sida" que, aunque ya no es un título original, resulta adecuado. Sí, ese fantasma al que me refería es el del sida.

Al final de la década anterior empezamos a tener noticias de que algunas nubecillas amenazaban nuestra revolución sexual. El herpes genital, que existía ya desde hacía tiempo, parecía estar proliferando. En Estados Unidos —tan dados a realizar todo tipo de estadísticas— 20 millones de personas lo tenían. Esta enfermedad incurable, sexualmente transmitida, dolorosa y muy desagradable para quien la padece, se volvió un estigma. En más de una ocasión conocidas mías se abstuvieron de tener relaciones sexuales con hombres de quienes se sabía que tenían herpes. En México todo se sabe y a esas alturas no habíamos tomado todavía en serio al condón, y seguramente tampoco se trataba del amor de sus vidas.

Pero si el herpes genital y otros padecimientos como el micoplasma, la cándida, etc. eran unas nubecillas, a principio de los 80 nos cayó la tormenta, qué digo tormenta: el cielo entero. El sida nos agarró desprevenidos y sobre él no podemos más que hablar en serio.

Estoy segura de que a ustedes no hay que explicarles qué es el sida, ni cómo se transmite. Lo que sí tenemos que repetir una y mil veces es que, como lo han dicho Carlos Monsiváis, Luis González de Alba y muchos otros, TODOS ESTAMOS EN LOS GRUPOS DE RIESGO. Si bien es cierto que en nuestro país en un principio los afectados eran básicamente hombres homo y bisexuales, podemos afirmar que eso fue circunstancial y que la tendencia es que la enfermedad ataque a la población en general. Cuándo en México se empezaron a registrar casos de sida, la proporción era de aproximadamente 25 hombres por cada mujer. Para octubre del año pasado ya eran 9 hombres por cada mujer, cifra que aún continúa vigente. De los 2158 casos que había para el 1° de febrero del año en curso, 222 eran mujeres. A pesar de que los hombres homo y bisexuales siguen siendo los más afectados, con el 72.2% de los casos, su proporción relativa ha ido disminuyendo constantemente, en parte porque los otros factores de riesgo han cobrado mayor importancia, pero también porque muchos de los hombres gays han tomado en serio las medidas preventivas. El contagio heterosexual, en constante aumento, fue a principios del mes pasado el responsable del 13.5% de los casos. Antes la enfermedad se duplicaba cada 11 meses, hoy se duplica cada 7. De continuar la tendencia actual se calcula que para 1991 habrá cuatro y medio millones de personas infectadas por el VIH, si consideramos conserva-

doramente que puede haber 50 infectados por cada uno de los 90 000 enfermos que se calcula habrá para entonces. Esta es una enfermedad terrible que conlleva un grado increíble de dolor humano.

Necesitamos reflexionar sobre todas las maneras en que el sida está cambiando nuestras vidas. Ya al final de los años setenta se hablaba mucho de un regreso a valores conservadores. Esto se notaba entre otras cosas en el desencanto por la lucha política de izquierda tanto en nuestro país como en otros. Muchas mujeres que habíamos estado militando en el feminismo y preocupándonos por hacer nuestras carreras, empezamos a acercarnos a nuestro límite biológico para procrear y los bebés empezaron a aparecer como hongos. Pero esto fue pecata minuta. El problema verdadero han sido las fuerzas más conservadoras y reaccionarias de nuestro país (así como de otros) que han emprendido una verdadera cruzada en contra de todas las luchas libertarias. Esto lo hemos padecido en diversas instancias. En lo cultural, por ejemplo, recuérdese la invasión de pro-vida al Museo de Arte Moderno y los ataques a jesusa en su Concilio de Amor. Pero donde esas fuerzas han encontrado su arma más letal ha sido en la utilización del sida. Porque su campaña contra el condón sólo se puede calificar de criminal. Y si las autoridades de Salubridad, a pesar de sus buenas intenciones, no le hacen frente a esos grupos, anteponiendo la salud pública a sus presiones, se volverán sus cómplices. Las sesiones de quemar condones, las conferencias, los pasquines que han editado explicando cómo el sida es un castigo divino, son criminales. La iglesia y sus secuaces tienen la solución clara: las personas deben de casarse vírgenes —tanto hombres como mujeres— y después mantener un vínculo monógamo para siempre y punto final. El problema es que el mundo no es así. Quien quiera seguir esos sagrados preceptos, que lo haga, pero no puede ser la única alternativa. La psique humana es muy compleja y son muchos los factores que llevan a un individuo a tener determinadas prácticas o preferencias sexuales. Además, muchas veces el amor se acaba y en tiempos de democracia, o si se quiere pseudodemocracia, eso todavía tiene remedio. En contra de la posición de las fuerzas reaccionarias, pensamos que de lo único de que se trata es de no poner nuestras vidas y las de los otros en peligro. ¿Es demasiado pedir que se use sistemáticamente el condón? En teoría parecería que no, pero la realidad es muy diferente. Entre mis amigas feministas he pontificado sobre las bondades del condón. Pero cuando las veo después de haber tenido una nueva aventura y les pregunto: ¿y entonces qué, lo usaste?, la respuesta siempre es negativa. O porque era un cuate

muy decente, o porque se les olvidó, o porque no se atrevieron a plantearlo. Sabemos que es mucho más peligrosa una relación desprotegida que muchas protegidas. Me preocupa que personas con toda la información necesaria a su disposición no sean consecuentes. Yo no quiero tener más amigos y amigas muertos para que se tome en serio el condón. Creo que a quienes nos interesa defender las libertades del individuo, desde las de expresión hasta la de que “cada quien hace de su vida un papalote”, tenemos que discutir la problemática que ha abierto el sida. ¿Por qué resulta tan difícil cambiar los hábitos sexuales? ¿Por qué tenemos vergüenza de protegernos y también de proteger al otro? ¿Por qué pensamos que sólo se mueren los demás, que las tragedias sólo les ocurren a los otros? ¿Por qué la negación? Para buscar las alternativas que nos permitan vivir como lo decidamos conscientemente, que queremos hacerlo, tenemos que enfrentar nuestras resistencias, analizarlas, discutir las, revisar nuestras contradicciones frente al sida. Todos sabemos de qué se trata. Yo les pregunto: ¿quién de ustedes usa condón?